

*Algunas analogías fonéticas entre el
romanceamiento castellano de voces latinas y la
castellanización de vocablos nabuas.*

JOSÉ IGNACIO DÁVILA GARIBI

*Algunas analogías fonéticas entre el
romanceamiento castellano de voces latinas y la
castellanización de vocablos nahuas*

Discurso de recepción como Individuo de Número de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, leído por su autor en la Sala "Manuel M. Ponce" del Palacio de Bellas Artes, la noche del 27 de noviembre de 1954.

y

R e s p u e s t a

a dicho discurso por el Sr. Académico de Número,
DOCTOR D. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A.
MÉXICO, D. F.

1 9 5 4

A.—Algunas analogías fonéticas entre el romanceamiento castellano de voces latinas y la castellanización de vocablos nahuas.

Señor Director:

Señores Académicos:

Damas y Caballeros:

Había en el Colegio Marista de Guadalajara en los albores del siglo en que vivimos un excelente maestro de nacionalidad francesa muy respetado y querido de los alumnos. Llamábasele en la Congregación: *Hermano Amadeo*. Su nombre de pila era *Luis*, su apellido: *Louche* y el pseudónimo con que firmaba sus artículos literarios: *Tristán*.

Fue el fundador de la Liga Académica del propio plantel y su primer director: tuvo a su cargo la dirección del órgano oficial de dicha Liga, que se publicó durante varios años bajo el título de "Memorias del Colegio de la Inmaculada Concepción", de muy gratos recuerdos para mí, por haber sido esta revista estudiantil la que recogió las primicias de mi labor cincuentenaria en el campo de las letras.

Siempre que algún alumno se excusaba de hacer algo porque no se creía capaz de realizarlo, solía reprenderlo, procurando que sus palabras —persuasivas y bondadosas— dejaran en el ánimo del discípulo una impresión viva y duradera.

En repetidas ocasiones se dirigió al grupo estudiantil que tenía a su cargo, hablándole en estos o parecidos términos:

El hombre que dice: NO PUEDO, es un hombre que no vale nada. Si tenéis algún motivo grave que os obligue a excusaros, decid con franqueza: NO DEBO; si no os conviene o no os place hacer lo que se pide, responded: NO QUIERO; pero nunca por mero temor de quedar mal digáis NO PUEDO. Aceptad de buen grado cualquier cosa que se os encomiende. Poned manos a la obra y con la ayuda de Dios y vuestro personal esfuerzo lograréis hacer lo que a primera vista os parezca muy difícil.

Cuando supe que varios miembros de esta ilustre Academia, de manera enteramente espontánea y bondadosa habían pensado proponerme o me habían propuesto ya como miembro de la misma, me sentí abrumado por el peso de un honor que estaba yo muy lejos de merecer y me apresuré a cambiar impresiones con algunos de ellos, para hacerles ver que siendo tan escasos mis conocimientos en la hermosa lengua de Cervantes, temía no poder llegar a ser un elemento útil en el seno de tan docta corporación.

Con mayor amplitud habíale expresado pocos años antes mis temores sobre este particular a mi inolvidable dilecto amigo, el gran maestro, sabio filólogo, corazón de oro, D. Raimundo Sánchez, quien varias veces me manifestó su deseo de verme honrado por esta Academia con un nombramiento como el que recientemente se me ha otorgado y que soy el primero en reconocer que no lo merezco.

¿Cómo podría yo —clavado en la cruz de mi impotencia— formar parte de una corporación que tanto brillo ha dado a las letras españolas? ¿Cómo sentarme al lado de doctísimos varones, de preclaro talento, grande inspiración y fácil palabra, cuyos discursos académicos llenos de profunda doctrina y adornados con

las mejoras galas del idioma son acabados modelos de pulcritud y elegancia?

Estas y otras consideraciones que por brevedad omito, hicieron que al enterarme de mi elección como académico de número en mayo del presente año, tuviera yo algunos momentos de duda y aun llegara a creer que lo más indicado era declinar tan gran honor. Mas en los momentos de mayor indecisión me pareció oír en el fondo de mí mismo las sentenciosas palabras de Tristán, palabras que, escuchadas con respetuosa atención en mi niñez, con relativa frecuencia recordadas en el curso de mi vida y estimadas hoy, lo mismo que ayer, en todo su valor, ejercieron en mí tan poderosa influencia que me sentí con valor para aceptar y aceptar un cargo muy superior a mis fuerzas.

Si obré con acierto o no, yo no lo sé, lo que si sé es que —aunque carente de merecimientos— estoy ya con vosotros, agradecido y contento, dispuesto a cumplir las obligaciones que me impone el reglamento de la institución y, en una palabra, deseoso de no defraudar las esperanzas de los señores académicos que tan gentilmente me propusieron.

Humilde peón —el último de todos— en la obra constructiva que realizáis, tengo la firme convicción de que podré aprender mucho al lado de vosotros, eximios maestros, que con tanto acierto estudiáis los diversos problemas que se relacionan con la conservación, pureza y difusión de la lengua que hablamos, considerada por propios y extraños como una de las más bellas del mundo.

Vuestras valiosas producciones literarias con que enriquecéis en gran escala el tesoro artístico de la propia lengua y dais mayor brillo a las patrias letras, serán para mí: luz y guía en el nuevo camino que habré de seguir.

La circunstancia de ser yo el primero que ocupo el sitial marcado con el número 33, de creación reciente, no me permite incluir

en mi discurso el acostumbrado elogio que a su antecesor inmediato en el propio sitio, debe rendir cada nuevo académico de número en el acto solemne de su recepción.

Mas esto no me impide cumplir con el deber para mí muy grato de expresar en estos momentos mi profunda gratitud al cultísimo Director de esta Academia, Sr. Lic. D. Alejandro Quijano, honra y prez de las letras mexicanas; a los por mil títulos insignes académicos numerarios, Dr. D. Julio Jiménez Rueda, Dr. D. Alberto María Carreño y Lic. D. Alfonso Cravioto que me propusieron en la propia Academia; a los miembros de la misma que secundaron tal proposición y a los que me favorecieron con su voto.

Quiero mencionar con singular afecto el nombre del señor académico de número Dr. D. Francisco Monterde, con quien cultivo vieja y cordial amistad. Él lo mismo que el doctor Carreño, hace un momento mencionado, han sido desde antes de que yo me radicara en esta capital, leales y sinceros amigos. Pláceme manifestar públicamente que les soy deudor de muy señalados servicios.

Hónrome en hacer particular mención del infatigable polígrafo, de reputación científica universal, Sr. Lic. D. Francisco Javier Santamaría, con quien desde hace varios lustros me ligan amistosas relaciones culturales. El inmerecido elogio que de mí hizo en su discurso de ingreso como académico de número en esta docta corporación y su deseo en él expresado de verme formar parte de la misma (deseo que ya se ha cumplido) me unen a él con vínculos de eterna gratitud.

Quiero, diré: por último, ya que dentro del reducido marco de un discurso académico sería casi imposible hablar de todos y de cada uno de nuestros asociados, quiero, repito, aprovechar la presente ocasión para expresarle mi sincero agradecimiento al M. I.

Sr. Canónigo Lectoral y Académico, Dr. D. Angel María Garibay K., quien desde que era párroco de Otumba me enaltece con su amistad y me auxilia con sus luces y letras.

* * *

He elegido como tema de este discurso, lo que en la imposibilidad de reducir a un menor número de palabras sin dejarlo un tanto vago o impreciso, vime obligado a redactar en estos términos:

Algunas analogías fonéticas entre el romanceamiento castellano de voces latinas y la castellanización de vocablos nabuas.

Mas para desarrollar este tema, conforme al plan que me he propuesto, tengo que hablar previamente de otras cosas que por la relación estrecha que guardan con el asunto principal, servirán, cuando menos, de antecedente.

Procuraré ser breve, hasta donde sea posible, para no abusar ni de la paciencia, ni de la bondad de este selecto auditorio.

* * *

Aficionado desde mi temprana edad al estudio de las lenguas indígenas —aunque reconozco que es bien poco lo que acerca de ellas he podido aprender— atrévome, sin embargo, a declarar que en ninguna de las que me son conocidas, he encontrado tanta riqueza de vocabulario, armonía y belleza, como en la Lengua Náhuatl, hablada todavía por varios centenares de indígenas, en algunas regiones del país.

La valiosa aportación de esta lengua vernácula al habla popular de México fue tan abundante, tan copiosa, tan importante, que la suma de todos los vocablos de uso corriente procedentes de otros idiomas nativos resulta muy inferior a la de los nahuatlismos.

Yo no sé a qué atribuir tan notoria prodigalidad. Tal vez se deba a la excelencia de la lengua, o a la extensa área geográfica que tuvo ésta en los tiempos prehispánicos; o a su vinculación con las ciencias, las artes, la agricultura, la industria y el comercio indígenas, o a la circunstancia de haber sido la más usada por los conquistadores en sus relaciones con los naturales, o, en fin, a otros diversos factores que sería prolijo enumerar.

Tal vez no sea muy aventurado suponer que uno de esos factores, no especificados en la enumeración que antecede, haya sido la contemplación de la naturaleza como fuente de inspiración de tantos y tan variados nombres que sugiere la misma con sus paisajes llenos de colorido y de belleza, las múltiples y variadas especies de animales y plantas desconocidas en Europa antes del descubrimiento de América y las diversas aplicaciones de los productos del suelo realizados por medio de la industria humana. Ella, pues, la pródiga naturaleza, la espléndida naturaleza, maravillosamente fecunda en nuestro bello país, fue a mi modo de ver, la principal fuente de inspiración de las voces que dieron origen a nuestros nahuatlismos.

Antójaseme imaginar las grandes sorpresas que a cada paso darían a los conquistadores europeos la flora y la fauna mexicanas y la necesidad de encontrar nombres castellanos apropiados para cada cosa nueva que les llamaba particularmente la atención en su largo y penoso recorrido a través de las tierras que iban descubriendo y agregando a la corona de Castilla.

La adaptación de nombres indígenas a la fonética de la lengua europea se imponía. Era, quizá, la única solución que podía darse al problema lingüístico del momento, aunque la nomenclatura nahua sobre el particular era enorme.

No es por demás recordar a este respecto que los indios, según refiere el P. Clavijero en su *Historia antigua de México*,

dieron a conocer al célebre naturalista español, doctor D. Francisco Hernández, médico de Felipe II, más de dos mil doscientas plantas *con sus propios nombres mexicanos* y sus diversos usos en la medicina (*obra citada*, Ed. de 1945, tomo I, pág. 345), copioso material que admirablemente supo aprovechar dicho naturalista en su famosa obra: *De Historia Plantarum Novae Hispaniae*, de la cual el Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma comenzó a publicar en 1942 bajo la dirección del sabio maestro Dr. D. Isaac Ochoterena, una cuidadosa versión castellana, debida a la docta pluma del Sr. Prof. D. José Rojo, habiendo tenido yo el inmerecido honor de encargarme de los análisis etimológicos de los vocablos nahuas contenidos en los tres primeros volúmenes de esa nueva edición.

Son, por otra parte, innumerables los nombres, noticias e ilustraciones policromas de plantas medicinales mexicanas contenidas en el interesantísimo manuscrito Badiano del que más adelante hablaré.

Las obras de Fray Bernardino de Sahagún y de Fray Francisco Ximénez a quienes tanto debe la cultura de México proporcionan al historiador, al lingüista y al naturalista, la más rica y variada información acerca de voces nahuas referidas a las ciencias biológicas.

El jesuita Clavijero, gran conocedor y admirador de la flora indígena de la Nueva España, clasificó las plantas mexicanas en cuatro grupos: las recomendables por sus flores; las útiles por su fruto; las que lo son por su raíz, por sus hojas, por su tallo o por su madera y las provechosas por sus resinas, gomas, aceites y jugos (*loc. cit.*).

La *oceloxóchitl* compuesta de tres grandes hojas, dobles y puntiagudas, de color rojo y manchadas de negro y amarillo como la piel del tigre, figura entre las más bellas; el *abuácatl*, que

todavía ocupa un lugar preferente en la cocina mexicana y las variadas especies de frutas bautizadas con el nombre genérico de *tzápotl* (cada una de ellas con nombre náhuatl) se cuentan entre las pulposas, dulces y sabrosas; el *camohli*,¹ entre las raíces comestibles de sabor agradable; el *tepecopalli*, entre los árboles más estimados por la buena calidad de sus resinas.

Importante es, entre otras, la clasificación que de las plantas utilizadas por los indios con fines curativos hizo el Dr. Fernando Ocaranza en su *Historia de la Medicina en México*, publicada en 1934.

Según esa clasificación tenían los aztecas algunas plantas que empleaban como purgantes catárticos así como otras que les servían de purgantes drásticos.

Conocían, además, muchas plantas diuréticas con la particularidad de que los nombres de algunas de ellas eran reveladores de sus propiedades curativas, entre otras, el *axixpabli* (árbol medicinal diurético) y la *axixpabtlacotl* (vara medicinal diurética).

Como sudoríficas, entre otras muchas plantas, la llamada *xiuhtotonqui* (yerba que produce calor).

La lista de los medicamentos vegetales eméticos, antieméticos, emenagogos, ocitócicos, abortivos, antiabortivos, antidiarreicos, antiespasmódicos, anestésicos, expectorantes, tónicos, amargos, emolientes, narcóticos, revulsivos, paracitícidias, etc., etc., es interminable.

Entre tantas plantas muy estimadas de los indios recordaré la *apitzalpabli*, de la cual se servían para curar la diarrea; la *atonahuizpabli*, para las fiebres palúdicas; la *xochicótzal*, para

¹ De acuerdo con las normas de la Academia de la Lengua Náhuatl (ahora en receso) he puesto las vocales aspiradas seguidas de h, v. g.: *Ayohli*, en vez de ayotli; *tecubli*, en vez de tecutli, etc., etc.

la parálisis; la *copalxócotl*, para la lepra y la *yoloxóchitl*, para la insuficiencia cardiaca.

* * *

Mas nada tiene que envidiar a la flora, la fauna indígena mexicana. A tan gran variedad de plantas, corresponde otra gran variedad de animales de todas clases: cuadrúpedos, aves, peces, reptiles, insectos.

Cuadrúpedos tan curiosos como el *tlacuatzin*, tan feos como el *mapachili*, tan astutos como el *cóyotl*, tan glotonos como el *cuitlamiztli*, tan ligeros como el *ocotochili* y de carne tan exquisita como el *tecbichi* que, según se dice, gustó tanto a los españoles que imprudentemente se comieron todos los que había.

¡Cuántos pájaros cantores, bulliciosos y alegres, recrearían los oídos de los conquistadores con *sabrosos cantos no aprendidos* cual dijera el místico enamorado del campo Fray Luis de León!

El melifluo *centzonli*, mejor dicho, *centzonlahotobua*, cuya maravillosa gama de sonidos dio origen a su nombre: "pájaro de infinitas voces". Y, al igual que éste, un sinnúmero de canorasavecillas como la que llaman *coyoltótotl*, especie de tordo de rojo plumaje cuyo canto parece ruido de cascabeles, según se desprende de la etimología del vocablo; el *cuicacochi* que según el significado de su nombre, ha de ser un pajarillo muy alegre que se duerme cantando; el *cuixin*, de nombre onomatopéyico, inspirado a lo que parece, en su propio canto, el *cuachíchitl*, gorrioncito de cabeza colorada, llamado también *nochtótotl* por ser las tunas su alimento preferido y tantos otros pajarillos que son la alegría de las selvas y las enramadas.

Entre las aves de *rica pluma* como las llama el insigne historiador y lingüista Fr. Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*: el *quetzaltótotl*, ave preciosa cuyas finísimas plumas verdes y brillantes sobresalían como

preciado adorno en los penachos que usaban los caciques en las ceremonias oficiales; el *xiubtótotl*, cuyo cuerpo cubren y adornan, entre otras relucientes plumas, las del color azul turquesa; el *xiompaquéchol* cuya pluma —dice Sahagún— “es verde como la yerba”; el *chalchiubtótotl*, pajarillo de pico agudo y color de esmeralda; el *elotótotl*, cuyas plumas tienen un tono especial de azul, que tira a violado; el *ayocuan*, que mora en las cumbres de las montañas y tiene el cuerpo cubierto de plumas tan negras como la obsidiana; el *zacuan*, el *toztli* y el *tlauhquechol*, de plumas finísimas, resplandecientes y hermosas entre las que sobresalen por su brillantez las amarillas que dieron nombre a tres diferentes tonos de ese color: amarillo oro, amarillo brillante y amarillo fuego; el *cuapachtótotl* de color leonado; el *xochitenácatl* en cuyo plumaje domina el color verde y, como éstos, tantos otros pájaros de diversos tamaños y colores cuyas plumas eran de valor inestimable para los *amantecah* o artífices del arte plumario.

Varias clases de papagayos: el *alo*, el *chocho*, el *quiliton* y el *toznene*, entre los más conocidos; los pajaritos de diminuta estatura que a decir de algunos ornitólogos se alimentan con el rocío de las flores. Los indios, los llamaban: *huitzitzilin*; la *huilotl*, de color ceniciento muy parecida a la paloma europea; el *tzánatl*, especie de tordo negro, de pico encorvado, que cruza en bandadas el espacio en busca de las sementeras sembradas de maíz, como asienta el ameritado maestro de la Facultad de Ciencias, doctor Rafael Martín del Campo, en el interesante estudio que modestamente ha intitulado: “Interpretación del Libro Undécimo de la ‘Historia General de las Cosas de Nueva España’ de Fray Bernardino de Sahagún”, publicado en los Anales del Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México. (Tomo XI, pp. 385 a 408).

Entre los peces, varios pardillos comestibles de sabor agradable, como el *topochtli*, recomendado como bueno por Sahagún;

el *amílotl*, de exquisita carne blanca; el inquieto *michzacuan* que se mueve incansable de un sitio a otro; el barbado y escamoso *tentzonmichin* y tantos otros que conviven en las aguas de nuestros lagos y lagunas, con diversas clases de animales acuáticos como el curioso *axólotl*, de mítico origen; el *abuítzotl*, que dio nombre a uno de los más sanguinarios monarcas aztecas y tantos otros animales del agua, cuyos nombres sumados a los de los que moran en los mares de México, y a los de los innumerables insectos que viven en los jardines y enramadas y vuelan entre mariposas de variadísimos tamaños y colores y de los que se crían entre las piedras, o en los arenales, habitan el subsuelo, se arrastran por los pavimentos, trepan por los árboles o se pasean por los muros de los edificios, harían una lista interminable.

Mas no sólo entre los mamíferos, las aves, los peces y los insectos, descubrirían los españoles especies de animales poco o nada conocidas en Europa. En su gigantesca aventura de conquista se internaban en las selvas vírgenes, recorrían las serranías más abruptas, y, por caminos sinuosos, veredas, meandros y vericuetos sembrados de peligros, subían a las cumbres de los montes o bajaban a las profundidades de los barrancos teniendo que luchar en repetidas ocasiones con las fieras y estar constantemente a la defensiva, cuando tenían que permanecer largos ratos en sitios poblados de animales ponzoñosos cuya picadura ocasiona graves daños, inclusive en algunos casos, la muerte.

Innumerables especies de culebras, serpientes y víboras, dañinas unas, inofensivas otras, moradoras de esos parajes llenos de exuberante vegetación estobarían el paso de los españoles. La mayoría de ellas con nombres nahuas: *cincóatl*, *coapettatl*, *tzitlacóatl*, *chiáhuitl*, *chimalcóatl*, *iztaccóatl*, *mazacóatl*, *mecacóatl*, *petlacóatl*, *tezauhóatl*, *tlehua*, *tlilcóatl*, *ulcóatl*, *xicalcóatl*, *zolcóatl* y otras muchas mencionadas por los antiguos cronistas e histo-

riadores y estudiadas científicamente por varios naturalistas, particularmente por el maestro Martín del Campo, antes nombrado.

* * *

No pocas dificultades ofrecería a los europeos radicados en la Nueva España, repito, el aprendizaje de tantos nombres que jamás habían oído en la Madre Patria, muchos de ellos de difícil pronunciación ya por fonemas extraños al idioma español, ya por el polisilabismo propio de las lenguas aglutinantes, particularmente de las polisintéticas como la náhuatl.

Era menester acomodar esos nombres, por lo menos los más usuales, a la evolutiva fonética del idioma castellano para poder familiarizarse con ellos sin grandes esfuerzos de memorización; era menester poner en juego las leyes que, como acertadamente dice el filólogo español Salvador Padilla, presiden a la formación, desenvolvimiento y modificaciones de las palabras, leyes que, según el mismo autor, se fundan en "un certero instinto popular que las va elaborando inconscientemente, sin formularlas" ("Gramática Histórico-Crítica de la Lengua Española", Edición de 1929, pág. 14).

Fue así como millares de voces nahuas se convirtieron en nahuatlismos y cómo también algunas de éstas, sufrieron nuevas modificaciones a través del tiempo y del espacio, dando origen a otras formas, que sin perder su valor semántico, difieren unas de otras en cuanto a su estructura y pronunciación. De tales variantes hay numerosos ejemplos en el magnífico "Diccionario de Americanismos" de nuestro sabio colega Santamaría.

En virtud de la ley del menor esfuerzo varias palabras polisilábicas, redujeron el número de sus sílabas, como más adelante explicaré; la palatalización de la *tz* en *ch* suavizó muchas palabras; el cambio de la aspiración labializada *uh* por alguna fricativa bilabial, facilitó la pronunciación de palabras tan duras como

iztaubiatl que mediante el cambio indicado quedó convertida en *estafiate*.

Por la ley del menor esfuerzo también, varias voces nahuas de complicada estructura y difícil pronunciación, mejor que acomodarse a la evolutiva fonética del idioma español, fueron sustituidas por otras indígenas de procedencia extranjera, traídas en su mayoría de la región del Caribe y de las Antillas, v. g.: *huachtli*, *xalxócoil*, *cuaubtzápotl*, *tetzontzápotl*, *cuaubcuetzpalin*, *huitzitzilin*, etc., etc., sustituidas por coa, guayaba, anona, mamey, iguana y colibrí respectivamente.

Por la ley del énfasis la pérdida de la vocal final débil de algunas voces nahuas dio mayor vigor a los nahuatlismos correspondientes, v. g.: *cuiloni*, *pachoni*, *tecuani*, etc., que dieron cuilón, pachón y tecuán respectivamente; otras realizaron este fenómeno lingüístico mediante el apócope del sufijo formativo: v. g.: *copalli*, *copal*; *huacalli*, *huacal*; *tlecuilli*, *tlecuil*, etc., etc.

Los nombres propios de personas —más largos y menos usados que los comunes— no pudieron acomodarse fácilmente a la fonética española. Probablemente por error auditivo cada europeo los pronunciaba y escribía según le parecía haberlos escuchado; de ahí que cada nombre hubiera tenido varias formas, más o menos caprichosas, que pronto quedaron en desuso al ser sustituidas por la forma culta.

El nombre de *Huitzilíhuítl*, por ejemplo, los escritores del siglo XVI lo escribieron: *Vicilivici*, *Huitzilohuizi*, *Vitzilibuite*, etc.

A Cuauhtémoc lo llamaron *Guatemús*, *Guatimuci*, *Guatemu-sa*, etc., a Motecuhzoma Xocoyotzin: *Moteçuma*, *Moteczuma*, *Moteucsoma*, *Montezuma* y *Moctezuma*.

Excepcionalmente estas dos últimas formas se han conservado hasta nuestros días, como un caso de isonimia poco común.

Su supervivencia se debe en gran parte a que Montezuma pasó de la onomástica a la toponimia al ser aplicado a una población de importancia que en la actualidad pertenece a los Estados Unidos y Moctezuma, adquirió la categoría de título nobiliario y se ha venido usando, además, como nombre de pila, como apellido y como dicción comercial. En el lenguaje erudito se usa la forma náhuatl correcta: *Motecuhzoma*.

Los pocos nombres de personas que se usan en nuestros días en recuerdo de algunos próceres de nuestra historia antigua se conservan sin modificación alguna. Los más usados son: *Cuauhtémoc*, entre los varones, *Xóchitl*, entre las mujeres.

A medida que los españoles, peninsulares o nacidos en la colonia, iban conociendo más a fondo el *modus vivendi* de los naturales y estando más en contacto con ellos mediante los trabajos agrícolas, la minería, la industria, el comercio, etc., iban incorporando al vocabulario criollo los verbos que más usaban, para lo cual tuvieron que adaptarlos al español para poder conjugarlos de acuerdo con los cánones de este idioma. Parece que los más antiguos fueron *pixca* y *pepena*, convertidos por epítesis de "r" en piscar y pepenar.

Otros verbos tuvieron una evolución más complicada para venir a quedar definitivamente incorporados en el español de México. Esto ocurre, principalmente en los que proceden de un tema nominal, v. g.: achahuizclarse, derivado del sustantivo náhuatl *chahuiztli*.

Mas como los idiomas son organismos vivos que constantemente se están renovando por diversos procedimientos lexicogenésicos, entre otros el de la derivación, muchos verbos que todavía hoy son de uso corriente en la conversación familiar, vienen de algún nahuatlismo que a su vez tuvo su origen en un sustantivo náhuatl. Tales son, entre otros muchos, coyotear, jacalear, nagua-

lear, derivados respectivamente de los aztequismos coyote (< *có-yotl*) jacal (< *xacalli*) y nagual (< *nahualli*).

El mestizaje indudablemente influyó en la formación de voces híbridas, en las que indistintamente aparece el elemento español antes o después del náhuatl. Tenemos, v. g.: entre las castellano-nahuas: santoscal (oratorio) de santos y *calli*; tinacal (bodega de pulque) de tina y *calli*; y acaso también paliacate (pañó grande muy usado por los frailes) si viene de palia y *yacatl* (nariz), etc., etc. Entre los nahua-castellanos: talacha (instrumento de labranza), de *tlalli*, tierra y hacha; tecorral (cercado de piedra) de *tetl*, piedra y corral, etc., etc.

El hibridismo alcanzó hasta los topónimos, v. g.: Coronácan, Cruztitlán, Pericotepec, Palmatepec, Hidalgotitlán, y otros muchos.

Por influencia del náhuatl se formaron gentilicios como *Santaneca* y voces híbridas en las que el elemento nahua "atl" pospuesto al sustantivo castellano, da la impresión de una palabra-morfema, v. g.: *naranjate*, refresco de naranja; *limonate*, refresco de limón, etc., etc.

Por etimología popular se formaron algunos nombres como chiltepiquín < *chiltecpin*, papelote < *papálotl*, tornachile < *tonalchilli*, etc., etc., entre los sustantivos comunes y Maltrata por *Matlatla* y Cuernavaca por Cuauhnhuaca (< *Cuaubnahuac*), entre los topónimos.

* * *

Mucho es lo que se ha escrito sobre nahuatlismos; muchas son las obras antiguas y modernas en que abundan los nahuatlismos; muchos también los que están contenidos en periódicos, revistas y boletines mexicanos de antaño y hogaño. Una enumeración bibliográfica sobre este particular podría alcanzar las dimensiones de un libro, por lo cual, de acuerdo con la índole de mi

trabajo me limitaré a mencionar nada más unos cuantos nombres de obras y autores.

En el siglo llamado "de las Luces": D. Eufemio Mendoza, D. Jesús Sánchez, D. Félix Ramos y Duarte y D. Joaquín García Icazbalceta.

El primero de los nombrados publicó en 1872 sus "Apuntes para un Catálogo Razonado de las palabras mexicanas introducidas al castellano"; Sánchez en 1883, su "Glosario de Voces Castellanas derivadas del Idioma Náhuatl o Mexicano" y Ramos y Duarte su "Diccionario de Mejicanismos".

El ilustre polígrafo D. Joaquín García Icazbalceta dejó inconclusa una interesantísima obra que modestamente intituló: "Vocabulario de Mexicanismos" cuya impresión terminó en 1899 su hijo D. Luis García Pimentel.

De obra tan excelente saldrá en breve —si no es que ha salido ya— una segunda edición notablemente mejorada y completa: el "Novísimo Icazbalceta, o Diccionario Completo de Mejicanismos, razonado, comprobado con citas de autoridades en el uso y comparadas con el de Americanismos", por el Sr. Lic. Santamaría, varias veces nombrado, autor —como es bien sabido— del magnífico "Diccionario de Americanismos", en tres volúmenes, que vio la luz pública en 1942 y ha venido siendo obligada fuente de consulta en las bibliotecas de nuestros eruditos.

Entre las obras sobre nahuatlismos publicadas en lo que va de este siglo, hay varias de notorio interés, además de la del Sr. Santamaría que por su relación con la de Icazbalceta tuvo que registrar a continuación de la de este último.

Séame permitido —en mérito de la brevedad— señalar únicamente, por lo que toca a este siglo, las tres obras siguientes:

- a) "Jardín de las Raíces Aztecas o sea: Catálogo de las

palabras del idioma Náhuatl, Azteca o Mexicano, introducidas en el Idioma Castellano bajo diversas formas", obra del acucioso nahuatlato D. Cecilio A. Robelo, la cual vio la luz pública en la ciudad de Cuernavaca, el año de 1904.

b) El "Ensayo etimológico de los mexicanismos de origen azteca", concienzudo trabajo lexicográfico y dialectológico del Dr. D. Pablo González Casanova, Profesor de Lenguas Indígenas en la Facultad de Altos Estudios, publicado en 1922 en el Boletín de la Universidad Nacional de México (Tomo I, núm. 2 pp. 385 a 439).

c) El Español que se habla en México. "Influencia que en él tuvo el Idioma Mexicano o Náhuatl", obra del doctor D. Ignacio Alcocer, que el Instituto Panamericano de Geografía e Historia le publicó en 1936.

En cuanto a obras, sobre este particular publicadas por extranjeros, me es grato mencionar el "Diccionario de Americanismos" del erudito Dr. Augusto Malaret, editado en 1925, así como otros muchos libros lingüísticos salidos de su fecunda pluma y con los cuales ha prestado valiosos servicios a los estudios de lingüística americana.

Y, por último, eruditos artículos de un gran amigo de México, poseedor del don de lenguas, colaborador de varios periódicos, boletines y revistas y autor de algunos libros muy amenos sobre temas de filología y lingüística. Creo que cuantos me escuchan habrán adivinado ya que me estoy refiriendo al doctor Gutierre Tibón.

Un deber de gratitud, de simpatía y de afecto, me obliga a hacer particular mención de una interesante obra, que, sobre nahuatlismos, dejó inédita, casi concluida el Sr. Lic. D. Luis Cabrera, más conocido como político, diplomático, jurista, economista, polemista, literato y poeta, que como lingüista y traductor, no obs-

tante haber publicado en correcto verso castellano varias versiones directas del latín, del inglés, del francés, del italiano y del catalán en su "Musa Peregrina y el Cantar de los Cantares" cuya segunda edición pulcramente editada salió de las prensas en 1947, habiendo publicado además este docto abogado algunos ingeniosos poemas en los cuales los vocablos españoles de uso corriente en México alternan con los nahuatlismos más usados en la Sierra de Puebla.

* * *

Varios lingüistas nos han dado a conocer la etimología de las voces de origen náhuatl y aun los elementos constitutivos de las mismas.

Unos cuantos, también, los diversos cambios morfológicos, fonéticos y semánticos, que han sufrido dichas voces a través del tiempo y del espacio. El finado señor académico de número D. Darío Rubio, publicó importantes obras de crítica lexicográfica, una de éstas, la que intituló "Nahuatlismos y Barbarismos", impresa en 1918.

Mendoza —ya lo dije antes— fue entre los autores que he tenido oportunidad de consultar, el primero que en la introducción de la obra suya que he citado, dio algunas nociones de fonética náhuatl y señaló los cambios más importantes que en su acomodamiento al fonetismo español experimentaron, en general, las voces nahuas. Su obra, aunque no exenta de errores, fue un gran esfuerzo, y —como vulgarmente se dice— dejó la puerta abierta para nuevos trabajos de esta índole.

En 1922, El Dr. D. Pablo González Casanova, con mayor amplitud, erudición y método rigurosamente científico, secundó la obra de Mendoza, dejando a la posteridad el interesante estudio lexicográfico cuyo título transcribí en el lugar que me pareció oportuno.

Al explicar el Sr. Casanova la formación de los aztequismos, incluyó en su amplio y razonado estudio varios mexicanismos que tuvieron origen en la lengua cazcana hablada durante varios siglos en lo que durante la dominación española se llamó Nueva Galicia y mal nombrada por algunos, *dialecto mexicano de Jalisco*, habiéndole servido de guía, en lo relativo a cazcanismos, el filólogo neogallego, Br. D. Tomás de Aquino Cortés y Cedeño cuyo "Arte, Vocabulario y Confessionario en el Idioma Mexicano como se usa en el Obispado de Guadalajara" cita repetidas veces.

El estudio del docto maestro universitario gira en torno del acento que generalmente se conserva en la misma sílaba aun en vocablos muy evolucionados; reconoce aunque sin darle mucha importancia el valor cuantitativo de las vocales del náhuatl clásico; estudia en particular la evolución de las tónicas y la de las átonas, así como el de las consonantes, sin hacer especial distinción entre las que están comprendidas en el núcleo del vocablo y las que pertenecen al sufijo formativo.

Aunque por caminos diferentes llegamos a los mismos resultados, en cuanto a formas lexicográficas; pero mis puntos de vista no son, sin embargo, los mismos que los del ilustre maestro González Casanova. Para poder encontrar yo las afinidades fonéticas que pretendo en relación con el romanceamiento castellano de dicciones latinas, tengo que tomar en consideración el valor cuantitativo de las vocales tónicas, distinguir respecto de las átonas, como evolucionan las iniciales y mediales y como también, aunque de diverso modo, las finales y, por último, estudiar cuando es necesario los fenómenos lingüísticos particulares que suelen ocurrir en el desenvolvimiento y acomodo definitivo de algunas palabras en su tránsito de una lengua a otra.

El doctor González Casanova se limitó a estudiar la influencia del acento en la evolución de los vocablos de uso corriente; yo en mi trabajo incluyo nombres propios de personas y toponí-

micos, porque para las coincidencias fonéticas que son el tema central de mi discurso, tan interesantes son los sustantivos comunes como los propios.

Voy a permitirme, pues, expresar a continuación mis puntos de vista sobre el particular.

* * *

En ~~ese~~ ambiente saturado de latín se desarrollaba la vida en la Nueva España a raíz de la Conquista. Todos o por lo menos, casi todos los conquistadores espirituales, conocían el latín teórica y prácticamente y procuraban enseñarlo a los demás. En los colegios había clases obligatorias de latín para todos los estudiantes, inclusive los naturales y en los conventos de varias poblaciones del interior donde no había escuelas, se enseñaba también el latín.

Tanto en la Madre Patria como en la Colonia muchos de los libros de consulta que formaban parte del acervo bibliográfico de los seminarios, las universidades y los monasterios habían sido escritos en latín.

No parece sino que en esa época la religión y la ciencia se habían refugiado en la lengua del Lacio, cuya supervivencia académica procuraban los hombres de letras que se conservara en la Nueva España al igual que en Europa.

Por otra parte, los nativos habían mostrado tal capacidad para el aprendizaje de las lenguas que aun en las provincias había indios trilingües y acaso también políglotos.

El R. P. Fray Antonio Tello, de la Orden de San Francisco, en el Libro Segundo de su famosa Crónica Miscelánea de la Provincia Franciscana de Jalisco, refiere que uno de los religiosos vizcaínos de dicha Provincia, Fray Francisco de Zúñiga, que confesaba y predicaba en diversas lenguas nativas y enseñaba a los indios el español y el latín, consiguió que en el curato de Cocula

algunos de ellos, cantaran hasta en vascuence, ese antiquísimo idioma de origen ignoto que con dificultad pueden aprender quienes no lo han hablado como propio desde la niñez.

En Michoacán brilló por su esclarecido talento y amplia formación humanística D. Antonio de Huitziméngari Mendoza y Caltzóntzin, hijo del desdichado rey Tangoaxán II, cruelmente sacrificado por el inhumano Conquistador Nuño de Guzmán.

Varios son los nombres de escritores indígenas que D. Federico Gómez de Orozco logró reunir en su interesante obra, todavía inédita, intitulada: "Indígenas escritores de los Siglos XVI, XVII y XVIII". Sin tiempo para más mencionaré únicamente tres de los que por diversos conceptos me parecen dignos de especial recuerdo:

a) El cacique de Xaltócan, D. Pablo Nazareno, sobrino de Moctezuma, autor de cuatro cartas en latín dirigidas a Felipe II para pedirle la devolución de las tierras que dicho peticionario heredó de sus antepasados y de las cuales fue despojado con motivo de la Conquista.

b) D. Antonio Valeriano, oriundo de Azcapotzalco, del linaje de los monarcas aztecas, considerado como una de las glorias del primitivo Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, maestro de los beneméritos franciscanos Fray Juan Bautista y Fray Juan de Torquemada, escritor guadalupano, autor de varias cartas latinas y traductor—según dicho Sr. Gómez de Orozco—de Ovidio, de Marcial y de otros célebres autores latinos y

c) D. Agustín de la Fuente, indio tlatelolca, intérprete y traductor, de quien el P. Fray Juan Bautista, destacado latinista, decía haber sido su mejor ayudante en la enseñanza de los naturales.

En otras fuentes de consulta he encontrado datos muy importantes sobre este particular.

Voy a referirme en primer término a un destacado lingüista que pasó por las aulas de los primitivos planteles educativos de la Nueva España. Me refiero a D. Diego de Adriano, de ilustre prosapia, emparentado a lo que parece con la imperial familia tenochca, alumno meritísimo del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, quien según el Dr. D. José María Beristáin y Souza, fue excelente en la lengua latina que "poseyó con la castellana", ambas como su idioma patrio.

"Se dedicó —dice el mismo autor— al arte tipográfico y salió diestrísimo maestro. Tradujo del latín al mexicano muchos tratados que los Padres Misioneros propagaron entre los neófitos y que algunos se apropiaron de buena fe. Hacen mención honorífica de este erudito indio el P. Fray Juan Bautista en el prólogo de sus sermones impresos en México el año 1606 y el P. Vetancur, en sus *Varones Ilustres*". (Biblioteca Hispano-Americana Septentrional, tomo I, pág. 13).

No menos buen latinista que Adriano fue el noble tetzcocano D. Fernando Rivas, uno de los primeros indígenas matriculados en el insigne Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco.

Según el mismo Beristáin y Souza, fue un gran perito, no sólo en el idioma de sus padres, sino también en el latín y el castellano y fue uno de los más poderosos auxiliares de los PP. Franciscanos.

El P. Bautista en el prólogo de su *Sermonario* ya citado, dice, según Beristáin, que Rivas "le ayudó a la formación del *Vocabulario Eclesiástico* para los predicadores y que hizo la mayor parte de la versión al mexicano del libro de la *Vanidad del Mundo*, del P. Estella, la del *Flos Sanctorum* y la de la *Exposición de los preceptos del Decálogo* y de otros tratados que se escribieron en dicha lengua de los indios". Y agrega: "No solamente a éste, también ayudó al P. Fr. Alonso de Molina en la formación del

Vocabulario Mexicano-español y al P. Gaona en la composición de sus *Diálogos de la paz y tranquilidad del ánimo*, como lo asegura el mismo Bautista y lo repitió el Ilmo. Granados en sus *Tardes Americanas*. Fue nuestro D. Fernando de costumbres dulces, de virtud sólida y de mucho celo por la propagación del Evangelio y de la ilustración de sus paisanos. Puede asegurarse —agrega Beristáin— que los escritos y versiones de Rivas compondrán más de 300 páginas cada uno” (Obra citada, tomo 3º, pág. 27).

Juan Badiano, indio de Xochimilco, maestro de latín en el repetidas veces mencionado Colegio de Santa Cruz, tradujo a la lengua de Virgilio el interesantísimo libro sobre plantas medicinales de México, escrito por Martín de la Cruz —otro indio docto, del mismo origen y vecindad— quien personalmente lo ilustró con más de cuatrocientos dibujos a colores.

Tan valioso manuscrito coleccionado como *Codex Barberini*, en la Biblioteca del Vaticano, fue descubierto en 1929 por el profesor estadounidense, Doctor Charles V. Clark, traducido al inglés y adicionado con numerosas notas ilustrativas por el Dr. Emily Walcott Emmart y publicado con el título de “The Badianus Manuscript” por The John Hopking Press en la ciudad norteamericana de Baltimore el año de 1940 con un erudito prólogo del Dr. Henry Sigenst, en buen papel, tipo claro y preciosos dibujos florales policromados, fiel reproducción —a lo que parece— de los que con mano maestra había dibujado Martín de la Cruz en el propio manuscrito.

Según el Dr. D. Alfonso Pruneda, se trata del libro médico más antiguo de América y de un producto genuinamente mexicano “sin las influencias europeas que se advierten en las clásicas obras de Sahagún y de Hernández” (El Manuscrito Badiano - Su Cuarto Centenario - Sobretiro del Boletín Indigenista, Vol. XIII, Núm. 2, Junio de 1953, México, D. F.).

Gloria y muy grande debió haber sido para los beneméritos

maestros franciscanos que derramaron a manos llenas el bálsamo de su saber en los colegios de la Nueva España, ver cuántos indios al abandonar las aulas, salían de ellas hablando y escribiendo con facilidad el español y acaso, con mayor corrección y elegancia el latín, que como antes he dicho, era lengua de uso corriente entre los escritores doctos de esa época.

* * *

En ese ambiente saturado de latín en que la cultura occidental europea, paulatinamente iba mezclándose con la indígena era pues natural que el proceso evolutivo de las voces nahuas que habrían de quedar incorporadas en la lengua de los conquistadores se rigiera —si no en todo, cuando menos en parte— por las leyes fonéticas que en otrora habían convertido en Europa el idioma del Lacio en romance castellano.

Bien sabido es que en virtud de la ley del menor esfuerzo casi todas las voces latinas al romancearse se acortaron, ya por elisión de la vocal inmediata a la tónica, ya por apócope de la "e" de la última sílaba, cuando la consonante antecedente podía ser final en la dicción romanceada, ya excepcionalmente por desnasalización o por algunos otros fenómenos lingüísticos particulares: *delicatum* > delgado; *juventutem* > juventud; *operam* > obra; *digitum* > dedo; *cumulum* > colmo, etc., etc.

Esto mismo ocurrió en México con innumerables palabras de origen náhuatl: *chachalacani*, de cinco sílabas, dio por apócope consonántico: chachalaca, de cuatro; el pentasílabo *abuacamolli*, se convirtió por aféresis de "a" en guacamole; *mecapalli*; *petlacalli*, *totopochili* y otras muchas palabras tetrasilábicas, se volvieron trisilábicas, por pérdida del sufijo formativo en los aztequismos correspondientes: mecapal, petaca y totopo; *tianquiztli*, *quimilli*, *huacalli*, etc., por idéntica razón dieron origen a los bisílabos: tianguis, quimil y huacal.

En algunos vocablos latinos la reducción silábica fue mayor, v. g.: *cosuetudine*, *majoraticu* y *radicamine* (pentasílabos) se romancearon en costumbre, mayorazgo y raigambre (trísílabos), *capitale*, *veritate* y *cumulare* de cuatro sílabas se convirtieron en caudal, verdad y colmar (de dos), y *fidele* de tres, resultó monosilábico en nuestro romance: fiel.

Entre nosotros sucedió lo mismo: *echcabuipilli*, de cinco sílabas quedó reducido en escaupil, que tiene únicamente tres y *xobuilin*, de tres a una en juil.

En latín los grupos consonánticos iniciales *cl*, *fl* y *pl* produjeron en varios vocablos el sonido palatal *ll*, v. g.: *clave*, llave; *flama*, llama; *pluvia*, lluvia, etc.

En náhuatl se palatalizaron varios vocablos iniciados con *tz*. v. g.: *tzictli* > chicle; *tzilacayobili* > chilacayote; *tzincueitl* > chincuete; *tzotzocolli* > chochocol, etc., etc.

Varios vocablos latinos adquirieron al romancearse mayor sonoridad, por el cambio de alguna consonante sorda intervocálica por la sonora correspondiente, v. g.: *capellu* > cabello; *caput* > cabo; *riparia* > ribera; *opera* > obra; *populu* > pueblo, etc., etc.

Por lo que toca a semejantes cambios consonánticos en voces nahuas hispanizadas, hablaré en primer lugar, del de la bilabial sorda "p" por la sonora correspondiente "b", por ser este el cambio acerca del cual tengo testimonios más antiguos.

Es menester buscarlo en los albores de la conquista, en aquellos lejanos días en que el apocado emperador tenochca, Motecuhzoma Xocoyótzin, que en otrora se había creído un semidiós, no era ya sino uno de tantos prisioneros de los españoles. Y —según documentos y datos recogidos en diversas fuentes por el docto caballero inglés C. R. C. Conway y publicados en 1943 en su interesante obra: "La Noche Triste"—dicho monarca doliente y pen-

sativo hacía un viaje de recreo alrededor de la bella ciudad de Tenochtitlán, surcando las tranquilas aguas del lago, en uno de los primeros bergantines que por orden de Cortés fueron construidos en la Nueva España (Prólogo, pág. X).

En los principales documentos referentes a la penosa jornada de la Noche Triste, que según afirma el autor citado, formaron parte del valioso archivo del Marquesado del Valle de Oaxaca, se nota ya la tendencia a sonorizar algunas palabras de origen náhuatl mediante el cambio fonético indicado. Así, por ejemplo, el topónimo *Tepeaca*, aparece repetidas veces escrito *Tebeaca*, en la información testimonial levantada el 31 de agosto de 1520 en la cual declararon como testigos diecinueve de los conquistadores que estuvieron a punto de perder la vida al abandonar la pintoresca ciudad levantada sobre las aguas del lago, cubiertas en parte por las floridas chinampas o sementeras flotantes en las cuales, según expresión de Clavijero *percibían los sentidos el más dulce placer del mundo*. (Historia Antigua de México. Edición de 1945, vol. II, pág. 267).

Durante muchos años se llamó *Huichilobos* a Huitzilopochtli el dios de la guerra de los aztecas.

Por otra parte, los nombres geográficos *Otompan*, *Otzompan*, *Huitzilopochco*, *Ahuilizapan*, *Tlacopan* y *Atlacuipayan*, se convirtieron en Otumba, Ozumba, Churubusco, Orizaba, Tacuba y Tacubaya respectivamente, pronunciación que se ha venido conservando hasta el presente.

No podía ser más clara la analogía entre el procedimiento de adaptación fonética de los vocablos que acabo de citar con el que al romancearse sufrieron siglos atrás muchas voces latinas.

No tan antiguo como el anterior y poco frecuente fue el cambio de la líquida gutural "l" por su correspondiente dental "r".

Por lo que toca al náhuatl, todavía en la documentación cor-

tesiana a que he venido refiriéndome Orizaba se escribía: *Oliçaba*, topónimo que años más tarde terminó su evolución.

Se ve, pues, que el cambio de "p" en "b" fue anterior al de "l" en "r".

Dicho cambio, de "l" por su correspondiente "r" se observa aún en voces como *xicalli* que para acomodarse a la evolutiva fonética del castellano tuvieron que pasar por dos o tres cambios fonéticos hasta adquirir la forma que se ha venido conservando hasta nuestros días: *xicalli* > jícara.

Otros ejemplos tenemos en el nombre geográfico "Atlixco" cuya segunda sílaba en el siglo XVI solía pronunciarse y escribirse "Atrisco" así con "r" en vez de "l".

Todavía en 1604, Dorantes de Carranza lo escribía con "r" en su "Sumaria Relación de las Cosas de Nueva España" que siglos más tarde paleografió el sabio D. José María Agreda y Sánchez y publicó el Museo Nacional. La forma culta, sin embargo, es la que ha prevalecido hasta hoy.

Parecidos cambios fonéticos (y, como en náhuatl, no muy frecuentes) los hubo en algunas de las voces latinas que se romanearon hace varios siglos, como por ejemplo: *liliu* > lirio; *locali* > lugar; etc., etc.

Volviendo a los cambios consonánticos que tienen por objeto dar mayor sonoridad a las palabras hay también algo que decir acerca de la gutural sorda "c" que en innumerables palabras que evolucionaron se cambió por su correspondiente sonora "g".

En latín, esto es lo más común cuando la "c" es intervocálica. Recordemos, entre otros los acusativos *amicum*, *acutum*, *dracoenem*, *ficum*, *jocum*, *lacum*, etc., que dieron al español: amigo, agudo, dragón, higo, juego y lago respectivamente.

En el español de México, tenemos cogote < *cocobtli*; quigua < *quilhuacalli* y otras.

Excepcionalmente en algunos vocablos latinos el grupo sordo *cr* se cambia por el sonoro correspondiente *gr*, v. g.: *creta* > *greda* y *necromantia* > *nigromancia*.

En náhuatl, como no hay *r*, es el grupo *nc* el que generalmente se sonoriza, sobre todo en los nombres geográficos, v. g.: *Apanco* y *Tzompanco*; *Atenco*, *Caltenco* y *Acatenco*; *Chapinco*, *Acultzinco*, *Chilpantzinco*, *Tenanzinco* y *Teteltzinco*; *Etlatonco*, *Nocheztonco* y *Tulpetonco*, etc., etc., hoy, respectivamente: *Apango*, *Zumpango*, *Atengo*, *Caltengo*, *Acatengo*, *Chapingo*, *Aculcingo*, *Chilpancingo*, *Tetelcingo*, *Etlatongo*, *Nochistongo* y *Tulpetongo*.

Excepcionalmente *tlapanco*, entre los sustantivos comunes > *tapanco* y *Tepeaca*, entre los topónimos, después de pasar por "Tebeaca", de efímera duración, recobró su primitiva forma *Tepeaca*, que se ha conservado hasta nuestros días.

Sonorizáronse además ciertas voces análogas, en las que por mera necesidad ortográfica el sonido gutural de la *c* se representa en la escritura por medio de la *q*, v. g.: *tianquiztli*, *tianguis* y las palabras compuestas con esta voz, como *Macuiltianquizco*, *Tianquiztenanco*, *Tianquiztepec* y *Xaltianquizco*, hoy *Macuiltianguis*, *Tianguistenango*, *Tianguistepec* y *Jaltianguis*, respectivamente.

En cuanto a nombres propios de personas, Bernal Díaz del Castillo, escribió "Xicotenga" en vez de *Xicoténcatl*, más que por error auditivo por seguir la regla general.

Como la *m* final del acusativo latino no pasó de la lengua literaria a la vulgar, no aparece tampoco en las voces castellanas.

En náhuatl no hay palabras terminadas en *m* pero sí hay muchas que terminan en *n*.

Algo parecido ocurre con la *n* en el náhuatl vulgar, pues en muchos vocablos se pronunciaba tan débilmente que acabó por perderse.

Aun en voces españolas solían los indios hacer apócope de *n*. El Padre Rincón en su *Arte Gramatical* ya citado, pone como ejemplo la palabra *oración*, que los indios —dice— pronunciaban "oracio".

Como ejemplo de voces de esta clase mencionaré, entre otras muchas, *ca nican* (de *ca* y *nican*), *cuixin*, *chian*, *huaxin*, *milpan*, *tolin*, *tozan*, etc., a las cuales corresponden los aztequismos: *canica*, *cuije*, *chía*, *guaje*, *milpa*, *tule* y *tuza*, respectivamente.

La cantidad vocálica es muy importante en la evolución de las vocales nahuas como lo fue en las latinas que se romancearon, independientemente de que en algunas palabras homógrafas, su significación depende del valor cuantitativo de la tónica.

El P. Rincón a quien ya antes me he referido nos da varios ejemplos sobre el particular, entre otros: *xihuitl* cuya tónica pronunciada brevemente significa yerba y también año y empleando dos mórulas o tiempos en su pronunciación significa cometa; *mētztli*, con "i" breve quiere decir, muslo y *mētztli* con "i" larga, luna, mes; *ayobtili* dice tanto como caño de agua, acueducto y *ayobtli*, significa, calabaza; *textli*, *toca*, *totoca*, *tlatia*, etc., etc., significan: cuñado, sembrar, ir en pos de algo, y esconder, respectivamente en tanto que las mismas palabras con la tónica breve en el mismo orden significan: harina, seguir a alguno, ir de prisa y quemar. (Cap. IV, pág. 69).

Sabemos que la *i* larga (\bar{i}) del latín clásico, cuyo valor cuantitativo perdió a su paso por el latín vulgar se conservó en el romance castellano, en tanto que la *i* breve (\check{i}) se cambió en *e*. De esto hay numerosos ejemplos:

a) Con *i* larga *amicu*, amigo; *ficu*, higo; *filiu*, hijo; *fixu*, fijo; *vite*, vid; etc., etc.

b) Con *i* breve *capitia* cabeza; *cibu* cebo; *fide fe*; *fibra* hebra; *justitia* justeza; *siti* sed; *tristitia* tristeza, etc., etc.

Comparemos estos ejemplos con los de los dos grupos siguientes:

a) *Chilli*, chile; *ichtli*, iscle; *milpan*, milpa; *quimili*, quimil; *tizatl*, tizate; *tzictli*, chicle; *xilotl*, jilote; etc., etc.

b) *Izquilt*, esquite; *mizquilt*, mezquite; *quilitl*, quelite; *tequixquilt*, tequesquite; *xibuitl*, jeguite; etc., etc.

La *i* final no es muy propia del castellano, menos cuando la voz es llana. E nuestro romance, por regla general, se cambió en *e* v. g.: *dixi*, dije; *feci*, hice; *veni*, vine, etc.

En náhuatl sucede lo mismo, las voces terminadas en *i*, mejor dicho en *li* siendo la tónica o, cambian como las latinas su final en *e* v. g.: *atolli*, *chilli*, *molli*, *pinolli*, *pozolli*, etc., respectivamente: atole, chile, mole, pinole, pozole.

Si la tónica es *a* por regla general se pierde la final débil y la palabra adquiere mayor vigor al convertirse de llana en aguda, v. g.: *comalli*, comal; *copalli*, copal; *huacalli*, huacal; *mexcalli*, mescal (que no debe escribirse con *z* como lo usa la mayoría); *nopalli*, nopal; *nahualli*, nagual; *quetzalli*, quetzal y *tamalli*, tamal; etc., etc.

Lo mismo ocurre cuando la tónica es "i", v. g.: *acocilli*, acocil; *huipilli* huipil; *metlapilli*, metlapil; *quimilli*, quimil; etc., etc.

Iguamente las voces terminadas en *-ni*, sufren apócope de *i* v. g.: *cuiloni*, cuilón; *pachoni*, pachón; *tequani*, tecuán.

Los terminados en *-tli*, previa elisión de la "l" cambian la vocal débil "i" por la fuerte correspondiente "e" porque ni la *t*,

ni la *tl* pueden ser finales en castellano. Ejemplos: *acocobtli* > acocote; *apaztli* > apazte; *camobtli* > camote; *tlalayobtli* > talayote, *tzilcayobtli* > chilacayote y *tzicobtzapotl* (no *tzictzapotl*, como escribe y pronuncia la mayoría) > chicozapote.

Algunas de éstas y otras de igual terminación tuvieron mayor evolución, por cambio de la *t* del sufijo formativo en *c*, v. g.: *cactli*, *chihuiztli*, *chilpobtli*, *itzcuintli*, *momoztli*, *tezontli*, *tzictli*, etc., que dieron: cacle, chahuiscle, chipocle, escuinclé, momozcle, tezoncle y chicle respectivamente.

Los topónimos en *-cb* en virtud de que esta consonante no puede ser en castellano final del vocablo, se modificaron por epítesis de *e*. Ejemplos: *Teocaltech* > Teocaltiche y *Totabtech* > Totatiche.

Y por la razón antes dicha de que ni la *t* ni la *tl* pueden ser finales, las innumerables voces nahuas terminadas en *tl*, en la mayoría de los casos, cambiaron por "e" la "l" del sufijo formativo: *cháyotl*, chayote; *chicalotl*, chicalote; *élotl*, elote; *éxotl*, ejote; *ócotl*, ocote; *péyotl*, peyote; etc., etc.

Más fácil fue la evolución de las voces cazcanas por no existir en esta arcaica lengua náhuatl la evolución *tl*. Así fue como *caxit*, *xicot*, *tizat*, *tompiat*, entre las mencionadas como tales, por González Casanova dieron cajete, jicote, tizate y tompiate respectivamente y *ayocti*, *otacti*, y *tenati*, ayote, otate y tenate.

Entre los topónimos de Jalisco tenemos, v. g.: *Tala* en vez de *Tlallan* y *Tatepozco* en vez de *Tlaltepotzco*; un *Ocotán* y un *Zapotán* (en la zona cazcana) al lado de un *Ocotlán* y un *Zapotlán* (en la zona coca) y otros muchos toponímicos terminados en *-tan*, en su mayoría correspondientes a pueblos situados en las tierras de los cazcanes: Huentitán, Jcotán, Matatán, Mezquitán, Tesistán, Tetán y otros.

González Casanova consigna en la obra que he venido citan-

do, algunas voces de uso corriente en el Estado de Veracruz que por su semejanza con las cazcanas de Jalisco, parece se formaron en tiempos muy antiguos o sea anteriores a la evolución de la *t* en *tl*. Probablemente se trata de algunas oleadas de nahuas que en tiempos muy lejanos —a su paso por Veracruz— camino a Centro-América, dejaron su huella en algunos de los vocablos consignados por Bernal Díaz del Castillo, en su Historia Verdadera de la Nueva España, tales como: amál, tacál, tatacúl y otros. En náhuatl clásico: *ámatl*, *tlácatl* y *tlatlacolli*, que son sustantivos comunes; *Tacotalpa* y *Tascala*, nombres geográficos.

* * *

La formación de los nahuatlismos no fue uniforme en todo el país. En unas regiones evolucionaron más que en otras y aun adquirieron matices fonéticos diferentes.

El vocablo *apaztli*, por ejemplo, se quedó en algunos pueblos en el período inicial de su evolución: *apaztle*; en otros evolucionó conforme a la regla general; *apazte*; en otros, en fin, tuvo mayor evolución mediante el cambio del grupo náhuatl *tl* por el castellano *cl*: *apazcle*.

Algunos aztequismos, desde un principio y sin influencias extrañas, evolucionaron todo lo que podían haber evolucionado, v. g.: chicle (< *tzictli*) y así se ha conservado en todas partes.

Los que proceden directamente del náhuatl que se hablaba en la época de la Conquista en el Valle de México y zonas limítrofes, generalmente conservaron el grupo inicial *tl* o lo cambiaron por *cl*: *tlacuache* o *clacuache*; los que tuvieron su origen en el náhuatl arcaico, como por ejemplo el conocido en Jalisco por cazcano, se inician con la dental sorda *t* *tacuache* y, en los pueblos en que la influencia del idioma coca fue más notoria: *tacuachi*, así con "i" por analogía con "tonchi", "colonchi", "tambachi", "mariachi", etc., etc.

DISCURSO DE RECEPCIÓN

Actualmente, debido al creciente aumento de elementos provincianos en la metrópoli, todas las variantes de los nahuatlismos son de uso corriente en la ciudad, pues las personas que del interior vienen a radicarse en ella, los pronuncian como los aprendieron en sus respectivos pueblos.

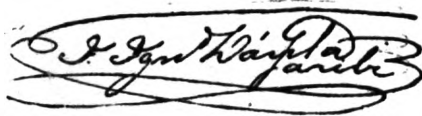
En la Escuela Nacional Preparatoria y en algunos otros planteles educativos en donde la población escolar es muy numerosa, se advierte más claramente esta convivencia de formas lexicográficas diferentes.

* * *

Muy a pesar mío me he extendido demasiado en este discurso abusando de la bondad de mis oyentes y sin poder agotar el tema.

Espero, sin embargo, que lo que hoy me he visto obligado a omitir —que no es muy poco— me será dable poner a la consideración de los señores académicos y del público en general en alguna otra ocasión.

Muchas gracias.

A handwritten signature in dark ink, enclosed within a decorative, oval-shaped flourish. The signature appears to read "J. Ignacio Davila Garibi".

Lic. J. Ignacio DAVILA GARIBI.

BIBLIOGRAFIA.—Para comodidad del lector, las citas bibliográficas, títulos completos de obras, etc., etc., han quedado incluidos en el texto de este discurso.